

VI

RELACIÓN DE LO QUE HICIERON Y PASARON LOS INDIOS
DEL PUEBLO DE QUAUHTINCHÁN, POR NO PERDER LA
DOCTRINA Y AMPARO DE LOS FRAILES DE S. FRAN-
CISCO.

Quauhtinchán quiere decir "casa de águilas". Es un pueblo de la Nueva España que antiguamente solía ser muy populoso, y según dicen, cabeza de otros sus comarcas que ahora son de más gente y calidad, como son Tepeaca y Acacingo y Teucalco, y en el tiempo de ahora terná hasta tres mil vecinos tributarios, de los cuales la mitad están puestos en la corona real de S. M., y la otra mitad están dados en encomienda á Juan Pérez de Arteaga, mestizo. Está este dicho pueblo cinco leguas de la ciudad de los Ángeles, entre el Oriente y el Mediodía, y dos leguas de la ciudad de Tepeaca, la cual tiene á la parte del Norte. Es tierra templada: tira más á fria que á caliente.

Sucedió, pues, que como los religiosos de la Orden de S. Francisco vinieron los primeros á estos reinos de la Nueva España y fueron los que plantaron en ella primeramente la fe católica de nuestro Salvador Jesucristo, destruyendo los ídolos y sus templos, y bautizando casi en todos los pueblos della las gentes que pudieron, hicieron su asiento y fundaron sus monesterios en las principales ciudades ó provincias, conforme al número de frailes que eran, y todo lo demás lo iban á visitar de cuando en cuando, aunque entonces no había que parar ni que detenerse en parte alguna,

según la multitud de provincias y pueblos que tenían á su cargo, y lo mucho que había que hacer entre gente tan inculta y nueva, siendo ellos tan pocos como eran. Y como los religiosos de las Órdenes de Sancto Domingo y Sanct Agustín vinieron después á les ayudar, por la gran necesidad que en tan ancha viña del Señor había de obreros, fueron haciendo su asiento y fundando monesterios en los pueblos medianos que hallaban desembarazados: y aunque esto hacían por medio de los que en nombre de S. M. han gobernado esta tierra, y de los Obispos después que los hubo, pero no dejaban de procurar para ello particularmente la benevolencia y ayuda de los religiosos de S. Francisco, porque como los indios los habían ya recibido y conocido por tan sus verdaderos padres, y estaban ya hechos á su instrucción, tratamiento tan lene y suave, hacíaseles de mal, como siempre se les ha hecho, y hoy en dia mucho más duro se les hace, conocer otros ministros, estando criados á los pechos de los frailes de S. Francisco, y á esta causa no aprovechaba ni aprovecha con ellos que en este caso hagan mudanza, si no es que los mismos frailes franciscos se vayan y totalmente los dejen, para nunca más volver á ellos, lo cual es suma angustia y perpetuo descontento para los desventurados que así son desamparados.

COMIENZA LA HISTORIA.

Año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, siendo Visorrey desta Nueva España D. Luis de Velasco, y Provincial desta Provincia llamada del Sancto Evangelio de la Orden de los frailes Menores el sancto y bendito varón Fr. Joan de Sant Francisco, el Provincial de los dominicos Fr. Bernardo de Alburquerque, que al presente es Obispo de Guaxaca, pidió con mucha instancia al dicho Fr. Joan de San Francisco, que le diese su consentimiento y beneplácito para poner frailes de su Orden y fundar monesterio en el pueblo de Quauhtinchán, por quanto su necesidad era grande, que no tenía monesterio alguno de su Orden en toda la comarca de la ciudad de los Ángeles adonde habían co-

menzado á edificar su iglesia y monesterio, y así para esto como para la sustentación de los religiosos moradores del dicho convento de los Ángeles tenían necesidad de ser ayudados de algún pueblo comarcano, y que pues los franciscos tenían otros muchos alderredor y aquel era de los más pequeños, y solamente lo tenían de visita desde Tepeaca, se lo diesen á ellos, que pornían frailes de asiento, y desta manera los indios ternían más doctrina, que siendo visitados de cuando en cuando.

El Provincial Fr. Juan de Sant Francisco, que á la sazón se hallaba con pocos frailes para dar recaudo á tantas provincias y tan grandes como su Orden tenía á cargo de doctrinar, y que de todas partes le acosaban por más ayuda y más religiosos, y él no los tenía, holgó de dejar alguna parte de la carga, y dijo al Provincial de Sancto Domingo, que antes él y sus hermanos recibirían caridad en serles quitado algún trabajo, y que con la bendición de Dios enviase religiosos al dicho pueblo de Quauhtinchán, porque él de muy buena voluntad le daba su beneplácito; y que aunque tenía entendido que los indios naturales de aquel pueblo lo rehusarían, como siempre ellos suelen, y habían de clamar, que él prometía de no les dar en esto favor ni buena respuesta, sino despedirlos totalmente, y persuadirlos á que recibiesen de buena gana á los religiosos de Sancto Domingo, pues ellos de tan entera voluntad se ofrecían á les ayudar.

El Provincial de Sancto Domingo, muy alegre con esta respuesta, no se le coció el pan ni quiso fiar de otro la conclusión de un negocio que tanto él y sus frailes deseaban, mas antes se aprestó para ir en persona á tomar la posesión y ganar la voluntad de los indios, pareciéndole que por ser Provincial le ternían más respeto, y que con sus buenos medios ternía más eficacia para los ganar; y así tomando por su compañero á un Fr. Tomás que decían del Rosario, un viejo sancto y bendito, fueron derechos á Quauhtinchán, adonde llegaron un martes á diez días del mes de Junio de dicho año de cincuenta y cuatro; y en este medio ya los indios habían oido decir cómo el Provincial de S. Francisco había dado su beneplácito al de Sancto Domingo para

que pusiese en aquel pueblo religiosos de su Orden, y había dicho que se despedía de tener cargo dellos, aunque no lo creían del todo que sus padres que los habían sacado de su infidelidad, y los habían doctrinado tanto tiempo, y criado como niños á costa de tanto sudor suyo y trabajo, los desampararían y dejarían en manos de otros extraños á quien ellos no conocían ni tenían afición; mas todavía estaban con alguna sóspecha por lo que se había dicho.

Y á esta causa, el indio portero de la iglesia, llamado Pedro Gálvez, que tenía cargo de guardar los ornamentos y cosas del culto divino, y tenía todas las llaves, como vió á los dos padres dominicos que asomaban por la calle adelante en sus caballos, y venían derechos á la iglesia, escandalizóse, dándole el espíritu lo que podría ser, y parecióle que no era bien abrirles la puerta del aposento adonde los religiosos se solían recoger, sin dar primero mandado al gobernador, alcaldes y principales, para ver lo que en el caso le mandaban, y así fué corriendo á las casas de la comunidad, adonde los halló juntos y les contó cómo habían llegado dos frailes dominicos á la iglesia y habían entrado á hacer oración, y que venía á preguntarles si les abriría el aposento adonde se solían acoger los padres.

El gobernador, que sellamaba D. Felipe de Mendoza, y alcaldes Domingo de Soto y Joan López, y los demás que allí estaban, como oyeron esta nueva alborotáronse, y entonces dieron crédito á lo que se había dicho, y entendieron que los padres de Sto. Domingo venían de hecho á tomar la posesión de la casa, y mandaron al portero Pedro Gálvez que se escondiese y no pareciese delante los frailes dominicos, porque en ninguna manera querían que entrasen en el aposento de los religiosos; el cual lo hizo así, y ellos todos hicieron lo mismo, que cada uno se fué á recoger á su casa y ninguno pareció en la iglesia por aquella tarde.

Esta mala nueva, para ellos, fué luego de mano en mano por todo el pueblo, aunque entonces estaba bién derramado, una casa aquí y otra acullá (como estos indios comunmente solían estar, á fuer de las montañas de Vizcaya), y sabido por todos, no pequeña niebla de tristeza y desconsuelo cu-

bió sus corazones, y comenzaron á andar desasosegados y como asombrados, temiendo en lo que había de parar aquel negocio, como si estuvieran en vigilia muy propinqua de ser entregados en manos de sus enemigos.

Los padres dominicos, acabado de hacer su oración en la iglesia, fueron á la puerta del aposento y halláronla cerrada, y bien entendieron que el portero se había desaparecido por no les abrir, y de aquí sintieron claramente la poca voluntad que el pueblo tenía de los recibir; mas con todo esto acordaron de hacer de su parte todas las diligencias posibles, y así salieron á los caminos que iban para las casas, á ver si parecía alguna gente, para decirles que les llamasen al portero ó alguno de los principales; mas en viéndolos de lejos algún indio, como lo llamaban, luego él daba á huir y se les escondía, de manera que perdiendo en esto un rato de tiempo y haciéndose ya tarde no tuvieron otro remedio sino volverse á la iglesia y quebrantar la puerta del aposento, como lo hicieron, y metieron dentro el hato que traían, y los caballos pusieronlos por allí cerca donde mejor pudieron, y ellos comieron un bocado de lo que traían en sus alforjas, y así pasaron aquella noche.

Otro dia siguiente, que era miércoles por la mañana, los dominicos tañeron la campana á misa y aparejaronse para decilla, y los indios principales, porque no les levantasen que no eran cristianos y que no querían acudir á la iglesia á oír misa, y también por saber de los dominicos lo que pretendían, determinaron de ir á la iglesia. Y dicha su misa, el Provincial de Sancto Domingo se asentó como para predicarles ó decirles algo, y ellos también se asentaron; y habiéndoles primero reprendido blandamente porque ninguno de ellos había parecido el dia antes para darles recado, siendo ellos religiosos y viniendo á los consolar espiritualmente y darles doctrina para salud de sus ánimas, luego los saludó y dijo que antes que les declarase la causa de su venida quería preguntarles y saber dellos hasta dónde solían llegar antiguamente los términos de aquel pueblo, y á qué tanto se solía extender su jurisdicción: y levantándose dos viejos le respondieron: “Has de saber, padre, que

antiguamente, antes que hubiese memoria de Tepeaca, ni Acacincó, ni Teteucalco, nuestros antepasados ya tenían fundado este pueblo de Quauhtinchán, y toda la tierra desta comarca adonde ahora están estos dichos pueblos era de nuestros abuelos, porque en todo ello no había entonces nombre de otro pueblo, sino de Quauhtinchán”.

“Bien está, dijo el Provincial; pues sabed, hijos, que la causa por que ahora venimos aquí el padre Fr. Tomás y yo es por el celo que tenemos de la salvación de vuestras ánimas, y que vuestro pueblo sea honrado, ampliado y engrandecido con la presencia y favor de los religiosos que os terrán á cargo; porque bien sabeis que si Tepeaca es ciudad y está tan ennoblecida es por el sér que le han dado los religiosos de Sant Francisco que están allí de asiento, y lo mismo es de esotros pueblos vuestros comarcanos y de los demás adonde residen religiosos; y si este vuestro pueblo está tan desmedrado, y lo estará si vosotros no abris los ojos, es porque os sujetais á ir á misa y acudir á las demás cosas espirituales á Tepeaca, y no teneis frailes de asiento, ni los padres franciscos os los pueden dar, que son pocos y tienen muchos pueblos á cargo, sino que solamente os han de tener de visita, y esto ya veis cuán gran afrenta sea para vuestro pueblo, que en los otros más nuevos y que habían de ser sujetos á él (según vosotros mismos lo contaís) haya ministros de asiento, y que aquí que era la cabecera antiguamente de todo ello no los tengais; lo cual también resulta en gran daño de vuestras ánimas y de vuestros hijos y deudos y vecinos, porque no teniendo sacerdotes que residan en vuestro pueblo, no dejarán de morirse hartos niños sin bautismo, y otros enfermos sin confesión; y á esta causa nosotros hemos venido á ayudaros y socorremos en esta necesidad, porque yo os dejaré dos sacerdotes que estén aquí de asiento, los cuales os confiesen y prediquen y digan misa y bauticen á vuestros hijos, y hagan lo demás que os conviniere; y esto sabed que lo hago con el consentimiento y voluntad del Padre Provincial de S. Francisco, el cual por vuestro provecho huelga dello, y me ha certificado que no vernán más á visitaros los religiosos de su Orden.

Hecha esta plática, levantáronse el gobernador, alcaldes y principales, y respondieron brevemente, diciendo: "Sea por amor de Dios, padre, tu buen celo y deseo de aprovecharnos: nosotros te lo agradecemos; mas sabe que si vosotros quereis tener cargo de nosotros, nosotros no queremos ni que residais en nuestro pueblo". El Provincial, aunque afrentado de esta respuesta, disimuló y díjoles: "¿Qué es la causa, hermanos, por que no quereis que los religiosos de Sancto Domingo vengamos aquí?" Los indios respondieron: "No te debes maravillar, padre, que digamos esto, porque bien sabes que cuando un niño está criado á los pechos de su madre ó ama que le da leche desde que nació, y viene ya á tener un poco de conocimiento, se le hace á par de muerte desamparar á su madre, ó á la que siempre tuvo por madre, y ir en los brazos de otra persona extraña que nunca conoció ni trató, por muchos regalos que le haga; y así nosotros, como los hijos de S. Francisco fueron los que nos escaparon de las uñas de nuestros enemigos los demonios y nos sacaron de las tinieblas de nuestra antigua infidelidad, y en sus manos fuimos regenerados y de nuevo nacimos por el agua del bautismo que nos administraron, y nos han sustentado con la leche y mantenimiento de la doctrina cristiana, y nos han criado y amparado como á niños de poca edad y como si fuéramos hijos suyos muy regalados, no es mucho que rehusemos el dejar padres tan conocidos y verdaderos, por allegarnos á otros que nunca conocimos ni sabemos cómo nos irá con ellos. Los frailes de S. Francisco nos han sufrido hasta aquí: ellos recibieron con paciencia la hediondez y podredumbre de nuestros abominables pecados que cometimos en tiempo de nuestra infidelidad: ellos nos lavaron y alimpiaron y nos sacaron como de nuevo molde: ellos nos casaron y nos han confesado y confiesan siempre, y muchos de nosotros hemos recibido de su mano el Santísimo Sacramento del Altar: han pasado por nosotros grandes trabajos y fatigas: hanse quebrado las cabezas y rompido sus pechos por predicarnos y doctrinarnos; y esta es la causa por que no queremos que vosotros quedeis aquí, porque ahí están nuestros padres los re-

ligiosos de S. Francisco, en los cuales tenemos puesto nuestro corazón."

El Provincial, oyendo estas y otras semejantes palabras á los indios, dijo: "Basta: que, hermanos, estais muy aficionadas á los padres de S. Francisco: pues hágoos saber que estais muy engañados, porque ya ellos os han desamparado, y por su intercesión venimos aquí nosotros, que nos lo han encomendado, porque ellos no han de volver más acá." Los indios respondieron á esto: "Aunque ellos nos hayan desamparado y despreciado, nosotros no los hemos de dejar." Viéndolos tan determinados, el Provincial dominico díjoles: "Ahora bien, hermanos; no recibais pena por esto: idos ahora con la bendición de Dios, que él os ponga en los corazones lo que más convenga. Descansad y reposad, que nosotros ya estamos en nuestra casa." Y con esto se salieron todos los indios.

Habiendo oído estas pláticas un Jerónimo García, indio, que á la sazón era fiscal en el dicho pueblo de Quauhtinchán, llamó aparte á Pedro Gálvez, portero, que tenía todas las llaves de la iglesia, y díjole: "Ven acá, Pedro: has de saber que ya hemos entendido de cierto cómo los dominicos vienen á quedarse de asiento en nuestro pueblo, y esto no es cosa que nos cumple por ninguna vía; por tanto, conviene que esta noche, mientras ellos duermen, saques de la iglesia todos los ornamentos della, así el recaudo de decir misa como todo lo demás, y esconderlo has en partes secretas y seguras, porque estos frailes no nos lo tomen, ó no se alcen con ello, ó lo lleven adonde se les antojare, y después nos veamos en trabajo para sacarlo de sus manos. Porque aunque nuestros padres de S. Francisco nos hayan desamparado, no es justo que sin su especial licencia demos á los dominicos las cosas que son de su uso." El Pedro Gálvez cumplió aquella noche lo que le fué mandado, y sacando todos los ornamentos y adrezo de la iglesia con sus cajas adonde se guardaba, llevólo á esconder en casas particulares de indios macehuales, adonde se guardó todo hasta su tiempo, que no faltó cosa alguna.

Otro día jueves, vista por los padres dominicos la poca

gana que el pueblo tenía de recibirlos y que les habían escondido todo el recaudo de la iglesia, acordaron de usar de alguna cautela para tomar la posesión de la casa é sitio para su Orden, y con este fundamento llevar el negocio adelante por vía de justicia, pues que en el Provincial de S. Francisco no habían de tener resistencia: y para esto llamaron al susodicho Pedro Gálvez, portero, que andaba por allí, y otros dos indios cocineros, llamados Joan Baptista y Diego Vázquez, y metiéndolos en el interior del aposento, hiciéronlos desnudar, y con sus propias mantas les ataron las manos, y puesta una sogá gorda delante de ellos, les dijo el Provincial que los habían atado y tenían aparejada aquella sogá para colgarlos si no hacían lo que les decían: que pues los principales les eran contrarios y no querían consentir en que ellos quedasen allí, que los dichos cocineros y portero consintiesen y dijese que holgaban de que los padres dominicos entrasen allí á tener cargo de su doctrina y administración de sacramentos, porque estos sus dichos se escribirían y se llevarían á la Real Audiencia de México; y que si ellos hacían esto les prometían de favorecerlos y hacer por ellos, de manera que en todo fuesen mejorados y aventajados sobre los otros principales del pueblo.

Los indios, así atados, respondieron: "Padres, nosotros no somos señores ni principales para que sea de algún valor nuestro consentimiento, que no somos sino macehuales y vasallos que servimos á otros; mas aunque somos así gente baja y común, decimos que no queremos que tengáis cargo de nosotros, porque los religiosos de S. Francisco nos bautizaron y casaron, y nos confiesan, y nos quieren y aman y sufren como á hijos, y por esto les tenemos mucha afición, y no los queremos dejar." El Provincial les dijo otra vez que mirasen que los frailes de S. Francisco ya no habían de volver más allí, y tornó á hacerles mayores promesas si daban su consentimiento como se lo pedían; mas ellos dijeron que por ninguna vía dirían otra cosa, sino que no querían. Viendo esto el Provincial, soltólos y echólos fuera, y mandóles que no le volviesen más á la iglesia, ni sirviesen en ella.

Sabido por los principales cómo los frailes dominicos ha-

bían atado así á los cocineros y portero, y lo que con ellos había pasado, ayuntáronse todos y trataron de lo que debían hacer; y conformando en sus pareceres, dijeron todos á una voz: "Nosotros hacemos voto desde aquí, de no recibir otros ministros si no fueren los hijos de S. Francisco; los cuales, aunque nuestros abuelos no los vieron, ni nosotros hemos merecido alcanzarlos de asiento en nuestro pueblo, pero ya los hemos visto y conversado, y sabemos su manera de vivir, en que Nuestro Señor nos ha hecho mucha merced. Y aunque ahora nos desampara y desecha el Provincial de S. Francisco y nos pone en manos de otros extraños, con todo esto nosotros no los hemos de dejar, aunque muramos por ello, porque á S. Francisco nos ofrecemos y en sus manos nos ponemos: él haga lo que quisiere, y si los dominicos nos persiguieren y affigieren, mátennos y ninguno se escape, que todo lo damos por bien empleado sobre este caso." Y dicho esto, concertaron entre sí que ninguno diese cosa de comer ni de beber á los frailes de Sancto Domingo el tiempo que allí estuviesen, ni aun un bocado de pan ni un jarro de agua. Y más concertaron: que el domingo todos ellos, así principales como macehuales, fuesen á oír misa á Tepeaca y á Teucaledo, adonde había monesterios de frailes franciscos, y que á los dominicos los dejasen solos, y no quedase hombre á oír su misa, ni entrase nadie á verlos. Y así lo cumplieron al pié de la letra, que todo el tiempo que allí estuvieron no hubo indio ni india que les diesen un jarro de agua, ni que entrase á su aposento á ver si querían algo, de que ellos recibieron gran desconsuelo y pasaron harto trabajo, porque ellos mismos iban de casa en casa á encender ó buscar lumbre cuando la habían menester: su comida fué algunas mazorecas de maíz que hallaron de la ofrenda de la iglesia, tostadas al fuego: para beber un poco de agua aguardaban en el camino á los indios é indias que la traían de pozos para sus casas, y tomaban della lo que habían menester. Para decir misa hubieron de enviar por el recaudo á uno de sus monesterios con los mozos que traían con los caballos, porque ninguna cosa chica ni grande se les dió.